

POEMAS

EDGAR A. POE

ÍNDICE

El valle de la inquietud

El día más feliz

El palacio embrujado

Al silencio

Alalume

El lago

Los espíritus de la muerte

Soneto a la ciencia

Para Annie

El reino de las hadas

La ciudad en el mar

Balada nupcial

Eulalia

Un sueño dentro de un sueño

Eldorado

Annabel Lee

Israfel

La tierra del ensueño

Para alguien, en el cielo

Canción

El gusano vencedor

Soneto a Zante

La durmiente

A Elena

El coliseo

La ciudad en el fondo del mar

Las campanas

Un sueño en un sueño

Eleonora

EL VALLE DE LA INQUIETUD

¡Hubo aquí, antaño, un valle callado y
sonriente

donde nadie habitaba.

Partiéronse las gentes a la guerra,
dejando a los luceros de ojos dulces,
que velaran, de noche, desde azuladas
torres

las flores y en el centro del valle cada día
la roja luz del sol yacía indolente.

Mas ya quien lo visite advertiría
la inquietud de ese valle melancólico.

No hay en él nada quieto
sino el aire que ampara
aquella soledad de maravilla.

¡Ah! Ningún viento mece aquellos árboles
que palpitan al modo de los helados mares
en torno de las Hébridas brumosas.

¡Ah! Ningún viento arrastra aquellas
nubes,

que crujen levemente por el cielo
intranquilo,

turbadas desde el alba hasta la noche

sobre las violetas que allí yacen,
como ojos humanos de mil suertes,
sobre ondulantes lirios,
que lloran en las tumbas ignoradas.
Ondulan, y de sus fragantes cimas
cae eterno rocío, gota a gota.
Lloran, y por sus tallos delicados,
como aljofar, van lágrimas perennes.

EL DÍA MÁS FELIZ

El día más feliz, la hora más dichosa
Que mi triste y marchito corazón vivió
Y esa esperanza de poder y orgullo que
vanidosa
Presta voló.

¿Dije poder? Pues sí, tal yo pensaba,
Pero ¡ay!, ha tiempo que se desvanecieron
Las visiones que en mi juventud guardaba

Y al final murieron.

¿Y el orgullo? ¿Qué tengo yo que ver contigo?

Aún es posible que otra infausta alma
Reciba el veneno que me diste enemigo

El día más feliz, la hora más dichosa
Que mis ojos verán o han visto
enardecidos,
Del orgullo y poder la visión majestuosa,
¡Son sueños idos!

Mas si aquella esperanza de poder y de
orgullo

Se me ofreciera hoy con su dolor y su
melancolía

Pienso que aun así el vano orgullo
Una vez más no viviría.

Porque en sus alas hubo un polvo oscuro
Que al aletear cayó en lluvia dispersa

Esencia poderosa y malhadada
Que mata al alma con su roce impuro.

EL PALACIO EMBRUJADO

De nuestros valles el más lozano
Un gran palacio muy elevado
Radiante y bello guardaba antaño
De ángeles santos fuera poblado.
Era el dominio del buen Monarca
Del Pensamiento.
Ningún querube con su ala abarca
Tal monumento.

Las oriflamas flotan gloriosas
Áureas al viento desde el tejado,
(Esto en el viejo tiempo pasado
De antiguas cosas)
Toda voluta de aire retoza
En la dulzura de un día tal.
Hay un perfume alado ideal
Que las almenas apenas roza.
Del feliz valle los visitantes

Por dos ventanas solían ver
Danza de espíritus, al ofrecer
Laúd templado notas vibrantes,
Mientras que en trono alto y sereno,

(¡Porfirogeno!)

Ver se podía al soberano del reino arcano.

Perlas, rubíes, grato dechado

la perla augusta resplandecía

Allí fluía... allí fluía...

El eco cuyo deber alado

Era cantar

Al genio ilustre, genio dorado

Del Rey sin par.

Viles villanos que el luto emboza

Se apoderaron del alto Estado

(¡Nunca hay mañana para el cuidado!)

¡Duelo que el tiempo jamás desbroza!

Hoy en su casa ya no es la gloria

La flor ambigua

Pues sólo queda dormida historia

Leyenda antigua.

Y los viajeros que al valle bajan
Por dos ventanas de fatuo fuego
Ven vastas formas que se barajan
A un son discorde en raro juego
Y un río horrendo que se desliza
Bajo el portón pálido y seco,
Torrente horrible, eterno eco
De carcajada ya sin sonrisa.

AL SILENCIO

Hay cualidades, incorpóreos seres
que tienen doble vida y son espejo
de esa entidad gemela que dimana .
de materia y de luz, sólido y sombra.

Hay un doble silencio -mar y costa-
cuerpo y alma. Uno mora en sitios solos
con nuevas hierbas; una grave gracia,

algún recuerdo humano, algunas lágrimas,
Quítanle horror, su nombre es «ya no
más»

es el silencio corporal: ¡No temas!
Carece del poder de hacer el mal.

Mas, si el hado veloz (¡suerte imprevista!)
te presenta su sombra (elfo su nombre
que vaga en soledades, que no ha hollado
el pie del hombre), encomiéndate a Dios.

ULALUME

Los cielos cenicientos y sombríos,
crespas las hojas, lívidas y mustias,
y era una noche del doliente octubre
del tiempo inmemorial entre las brumas,
era en las tristes márgenes del Auber,
el lago tenebroso de aguas mudas,
ante los bosques tétricos del Weir,
la región espectral de la papura.

A solas con mi alma recorría
avenida titánica y oscura
de fúnebres cipreses, o con mi alma,
con Psiquis, alma que el misterio turba...
Era la edad del corazón volcánico
como las llamas del Yaanek sulfúreas,
como las lavas del Yaanek que brotan
allá del polo en la región nocturna.

Pocas palabras nos dijimos, era
como una confidencia íntima y muda;
palabras serias, pensamientos graves
que la memoria para siempre turban;
no recordamos que era el triste octubre,
que era la noche, inoche infausta y única!
no recordamos la región del Auber
que tanto conoció mi desventura,
ni el bosque fantasmagórico del Weir,
la región espectral de la papura.
Y cuando la noche avanza
de estrellas al vago temblor
al fin de la oscura avenida
un lánguido rayo se ve,
fulgor diamantino que anuncia

de fúnebre velo al través,
que emerge de nube fantástica
la Luna, la blanca Astarté.

Y yo dije a mi alma: «Más que Diana
ardiente aquella misteriosa Luna
rueda al través de un éter de suspiros;
lágrimas de su faz una por una
caen donde el gusano nunca muere.
Para mostrarnos la celeste ruta
y el alma imperio de la paz letea
atrás deja a Leo en las alturas,
sus estrellas traspasando,
de Leo a su despecho, ora nos busca
y sus miradas límpidas y dulces
son las miradas que el amor anuncian.»

Mas, Psiquis dijo señalando al cielo:
«La palidez de ese astro me conturba;
pronto, huyamos de aquí pronto, es
preciso».

Y de sus alas recogió las plumas

con intenso terror, y sollozando,
presa de pronto de invencible angustia
plegó las alas hasta el polvo frío
lentas dejando descender las plumas.
Y yo le dije: «Tu terror es vano,
sigamos esa luz trémula y pura,
que nos bañen sus rayos cristalinos,
sus rayos sibilinos que ya auguran
e irradian la belleza y la esperanza.
Mira: la senda de los cielos busca:
Sigamos sin temor sus limpias rayas
Que ellos a playa llevarán seguro,
sigamos esa luz limpia y tranquila
a través de la bóveda cerúlea».

Tranquilité a mi Psiquis y besándola
de su mente aparté las inquietudes
y sus zozobras disipé profundas,
y convencerla que siguiera pude.
Llegamos hasta el fin; ¡ojalá nunca
llegara! Al fin de la avenida lúgubre
nos detuvo la puerta de una tumba
¡oh triste noche del lejano octubre!

nos detuvo la losa de una tumba,
de legendario monumento fúnebre.

¡Oh, hermana! -dije- ¿Qué inscripción
confusa

en la sellada losa se descubre?

Respondíome: «Ulalume», ésta es su
tumba,

¡la tumba de tu pálida Ulalume!

Quedó mi corazón como ese cielo
ceniciento, como esas hojas mustias,
como esas hojas yertas y crispadas.

¡Ay!, pensé: el mismo octubre fue sin duda
fue en esa misma noche cuando vine
al través del horror y de la bruma
aquí trayendo mi doliente carga.

¡Oh, noche infausta, infausta cual ninguna!

¡Oh!, ¿qué infernal espíritu me trajo
a esta región fatal de la tristura?

Bien conozco el mudo lago del Auber,
y esta comarca que el horror anubla,
y el bosque fantástico de Weir,
¡la región espectral de la pavora!

EL LAGO

De mi vida en la distante primavera,
jubilosa primavera,

Dirigí mi paso errante a una mágica ribera.

La ribera solitaria, la ribera silenciosa

De un salvaje lago ignoto que circundan y
oscurecen

Negra cinta rocallosa

Y copudos altos Dinos que las auras
estremecen

Pero cuando allí la noche su fúnebre manto
arroja

Y el místico y gemebundo viento de su
melodía,

Entonces, ¡oh!, entonces quiere despertar
de su congoja

Del terror del lago triste, despertar el alma
mía.

Mas ese terror que dejaba en mi espíritu
contento;

Hoy, ni las joyas ni el afán de la riqueza,

Como antes, a contemplarlo llevarán mi
pensamiento,

Ni el amor por más que fuese el amor de
tu belleza.

La muerte estaba en el fondo de la ola
envenenada,

Y una tumba en lo más hondo,
pérfidamente adornada

Para quien a su amargura breve tregua
hubiera dado

Un solaz, a los dolores de su espíritu
afligido,

Y en un Edén transformado

El salvaje lago ignoto, lago triste y
escondido.

LOS ESPÍRITUS DE LA MUERTE

I

Tu alma, con sus sombríos pensamientos,
Se hallará sola en la siniestra tumba.

Nadie querrá saber lo que en secreto

Tu corazón y tu conciencia ocultan.

II

Sé silencioso en soledad tan grande,
Que no es tal soledad, pues te circundan,
Los espíritus todos de la muerte,
Que ya en vida rondaban en tu busca.
Ellos querrán ensombrecerte el alma
Con sus negros arcanos y sus dudas.
Sé silencioso en soledad tan grande;
Cierra los labios cual la misma tumba.

III

Y la noche, aunque clara y luminosa,
Se tornará de pronto en cueva oscura;
Desde sus altos tronos las estrellas
No alumbrarán tu soledad adusta.
Mas sus rojizos globos sin fulgores
Han de ser a tu tedio y a tu angustia
Como incendio voraz, cual una fiebre
De los que libre no has de verte nunca.

IV

No podrás desechar los pensamientos

Ni las visiones que tu mente turban,
Y que antes en tu espíritu dejaban
La huella del rocío en la llanura.

V

La brisa, que es de Dios el puro aliento,
Soplará en torno de la helada tumba,
Y en la colina tenderá su velo
La niebla vaporosa y taciturna.
Las tinieblas, las sombras invioladas
Símbolo y prenda son; hablan y auguran.
Sobre las altas copas de los árboles
Tiende el misterio su cerrada túnica.

A MI MADRE

¡Porque sé que los ángeles que viven en el
/cielo
Y que entre ellos entonan sus más
hermosos
/cantos,
No han hallado palabra que tenga los

encantos

Que aquel de «madre», del amor gemelo.

Yo te doy ese nombre porque así lo ha querido

Mi corazón: Tú has sido más que la madre mía,

Cuando nuestra Virginia dejó la tierra un día

Y tu amor llenó entonces mi corazón dolido.

Mi pobrecita madre -que se fue tan /temprano

Era mi propia madre, mas tú lo eres de aquella

Que me fue tan querida en la vida, y por ella,

Te amo más que a la madre que fue la mía

Con ese amor intenso de mi esposa querida

Que era, para mi alma, más que su propia /vida.

SONETO A LA CIENCIA

¡Ciencia! del tiempo viejo la hija eres.
Todo lo cambias con tus ojos vagos
¿Por qué en mi corazón saciarte quieres,
¡Oh cuervo!, cuyas alas son estragos?

¿Te amaré yo, ni el sabio en sus anhelos,
Si explayar no dejas sus quimeras
Cuando busca tesoros en los cielos
Dejándose llevar de alas ligeras?

¿No supiste arrancar del carro a Diana,
Y echar las hamadriadas de sus lares
Para acogerse a estrella más lejana?

¿No quitaste a las náyades los mares
Y al elfo el prado? ¿Acaso no prescindo
Por ti del sueño al pie del tamarindo?

PARA ANNIE

¡Alabemos al Eterno!
el mal ha cesado ya
y la fiebre del vivir
ahora vencida está.

Sumido en honda tristeza
y carente de energías
tendido todo a lo largo
van transcurriendo mis días.

Ni un solo músculo nuevo
pero muy poco me importa;
pues mejoro lentamente
y esto ya me reconforta.

Tan sosegado y tranquilo
hoy en mi tálamo duermo que al verme se
creería
que estoy más muerto que enfermo.

Ayes, quejas y gemidos,

lamentaciones y llanto,
aquieta el latido horrible
de mi corazón un tanto.

Con la fiebre por la vida
que enloquecía mi mente,
penas e incomodidades
se alejaron prestamente.

Lo que más me torturaba,
sed de una pasión impía,
bebiendo en cierta fontana
tranquilicé el alma mía.

De no lejana caverna
brota un manantial riente
en el que presto mis labios
saciaron su sed ardiente.

Que nadie tilde de oscura

a la pieza en que reposo,
ni de pequeño a este tálamo
donde yazgo venturoso.

Nadie durmió en lecho igual y,
para en verdad dormir,
otro semejante al mío
es preciso conseguir.

¡Cuán dulcemente reposa
mi alma tantalizada!
Su aspiración por las rosas
y mirtas ya fue olvidada.

Junto a su lecho imagina
otra más suave fragancia de
romero y pensamientos
que embellecen su prestancia.

Extasiada en el recuerdo

de mi Annie y su belleza,
es como duerme mi alma
inebriada en su pureza.

De mi Annie la constancia
admira con embeleso
y recuerda que en su trenza
depositó un tierno beso.

Enlázame con ternura,
con gran pasión me acaricia;
y yo, adormido en su seno,
descanso en plena delicia.

Esta es la causa real
de mi sereno reposo;
y, aunque muerto me creáis
vivo tranquilo y gozoso.

Fulge más mi corazón

que las celestes estrellas;
pues brilla para mi Annie,
la de las miradas bellas.

En el amor de mi Annie
está mi ser abrazado;
y en sus ojos tan ardientes
siempre pienso extasiado.

EL REINO DE LAS HADAS

¡Valles privados de luz,
fieros y umbríos torrentes,
cuyos contornos las gentes nunca
pueden descubrir!

Gota a gota allí las lágrimas
sin cesar van deslizándose
y las lunas aguardando
vengan a doquiera lucir.

Cada instante de la noche crecen,
y luego se achican;
al punto se modifican
y se cambian de lugar.

De sus faces siempre pálidas
emiten vapores ellas,
que a las tremantes estrellas
hacen su brillo ocultar.

Cerca de la medianoche,
otra más opaca luna,
que las hadas por su bruma,
no encontraron superior,

llega bajo el horizonte
y asiéntase en las montañas
circunferencias extrañas
esparciendo en derredor.

Sus vestiduras flotantes
circuyen los caseríos,
los distantes señoríos,
los bosques y el mismo mar.

Los espíritus danzantes
y los seres adormidos
en laberintos henchidos
de luz se ven sepultar.

¡Cuán profundo hállase entonces
el éxtasis de su sueño
mientras con pálido ceño
las vemos presto venir!

Levántase de mañana
y con sus lunares velos
cual albatros, por los cielos,
véense, al viento, sacudir.

Mas las hadas, una vez
que se hubieron refugiado
cabe esa luna, y dejado
lo que sirvióles de abrigo,

Ya nunca logran hallar
por aquellos mil lugares
ningunas lunas lunares
que sean refugio amigo.

Las moléculas del astro
pronto se volatilizan
y en fina lluvia deslizan
aquella materia astral.

Por eso, las mariposas
que en vano buscan los cielos,
insatisfechas, sus vuelos
escrutan lo sideral.

Y al descender ya cansadas,
en sus alas temblorosas
nos traen las mariposas
partículas desgajadas
de aquellas lunas hermosas.

LA CIUDAD EN EL MAR

Una ciudad exótica se yergue solitaria
donde la Parca pálida implantó sus reales;
allá en el Occidente, la tumba funeraria
a pérfidos y nobles liberó de sus males.

Sus templos, sus palacios y torres
carcomidas
que ni oscilan ni tiemblan al impulso del
viento,
difieren de los nuestros; y sus aguas
dormidas
reposan melancólicas en singular
concento.

En la velada noche de esa ciudad callada,
ningún rayo desciende desde el empíreo
cielo.

Sólo un resplandor ígneo de la mar alejada
cruza las largas noches de aquel inmenso
/suelo.

Por torres, por almenas, por cúpulas y
alturas,
por templos, por palacios y muros
babilónicos,
por macizos de hiedra sobre las esculturas,
los resplandores lívidos circulan
melancólicos.

Ni siquiera respeta la soledad umbría
las florecillas pétreas de los valiosos frisos
que adornan de sus templos en fúnebre
armonía
los claveles, violetas, pámpanos y
narcisos.

Bajo el azul del cielo, sumidas en tristeza,
las linfas no agitadas duermen en la
ciudad;
y las sombras y flores de aquella fortaleza
parecen suspendidas del aire, en igualdad.

De un torreón, la Parca, cual fantasma
gigante,
contempla con orgullo el país señorial
y a sus pies yace inerte... y sonrío
triunfante
dueña omnívota y grave de aquel suelo
letal.

Ábrense muchos templos y tumbas sin sus
losas
al nivel de las aguas tranquilas y brillantes,
Sin que a dejar sus lechos las induzcan
/premiosas
las joyas de los muertos e ídolos de
diamantes.

Aquel amplio desierto que al cristal se
asemeja
carece en absoluto de toda ondulación.
Ni una ola siquiera por allí ver se deja...
nada indica si hay vientos en mar de otra
/región.

Mas ahora en el aire nótase un movimiento
que estremece allá abajo a questa soledad;
en el piélago oscuro el agua en ronco
acento
saca de su marasmo a esta triste ciudad.

Sus altos capiteles bambolear parecen
y hundirse entre las ondas que calmas
eran
/antes.
Los picos que en la bruma del cielo ya se
/mecen
abrirse parecieran en huecos, oscilantes.

Entonces ya las ondas tienen luz más rojiza...

deslízanse las horas lánguidas y silentes;
quizá sea engullida la ciudad quebradiza
entre ayes y gemidos que no son de
vivientes.

Quando desaparezca y quede sepultada
bajo la mar profunda con todo su oleaje,
vendrá de los mil tronos de Luzbel la
mesnada
y entonces el Infierno le rendirá homenaje.

BALADA NUPCIAL

En mi dedo está el anillo,
ciñe corona mi frente;
mil joyas de hermoso brillo
adornan mi ser fulgente.
¡Soy feliz eEn el presente!
¡CuáEn bien me ama mi señor
mas en el primer instante

que me declaró su amor
estremeció su dolor
mi espíritu y fiel amante.

Pues sus palabras sonaban
como toque de agonía
y al que murió recordaban
junto al valle eEn lucha impía
Mas hoy, ríe noche y día.

Al querer tranquilizarme
besó mi pálida frente
y en delirio vi patente
al muerto Elormie abrazarme.
¡Hoy sólo debo alegrarme!

En esa hora solemne
empeñé mi juramento...
y si mi fe no es perenne
ni mi espíritu está indemne,
éste vive muy contento.

El anillo está en mi dedo;
prueba de que soy dichosa.
y, aunque tiemblo y tengo miedo,
quiera que despierte quedo
de esta idea fatigosa.

¿Con alguien mal procedí?
El muerto que abandoné,
a quien triste sorprendí,
¿no goza con frenesí
sabiendo que lo cuidé?

EULALIA

Desterrado del mundo voluntario,
entre quejas y lágrimas vivía;
era mi alma tristísimo calvario
sin amores ni dulce compañía.

Mas Eulalia, gentil y pudorosa
llegó a ser mi agradable compañera,

y en sus bucles auríferos, la hermosa
recibió mi caricia placentera.

En la noche el fulgor de las estrellas
no iguala sus miradas tan radiantes,
ni en el mínimo crepúsculo hay en ellas
que irise cual sus ojos tan brillantes.

Los bucles que ella ostenta en sus cabellos
inculcan en mi ser la poesía,
y Astarté lanza cálidos destellos
contemplando a mi Eulalia noche y día.

Suspiro por suspiro su alma entera
Eulalia me dedica con amor;
no me invade ya más la duda artera,
ni yazgo en el abismo del dolor.

UN SUEÑO DENTRO DE UN SUEÑO

¡Toma en la frente este beso!
Y partiendo, te confieso
Que no fue errado tu empeño
En creer mis días un sueño.
Que si la esperanza mía
Se fue una noche o un día,
En una visión o en nada,
¿Por eso es menos pasada?
Cuanto hay de grande o pequeño,
Sólo es un sueño en un sueño.

Me encueEntro en la costa fría
Que agita la mar bravía,
Oprimiendo entre mis manos,
Como arenas, oro en granos.
¡Qué pocos son!
Y allí mismo,
De mis dedos al abismo
Se desliza mi tesoro
Mientras lloro, ¡mientras lloro!
¿Evitaré ¡oh Dios! su suerte
Oprimiéndolos más fuerte?
¿Del vacío despiadado

Ni uno solo habré salvado?
¿Cuánto hay de grande o pequeño,
Sólo es un sueño en un sueño?

ELDORADO

Arrogante
y altanero
Un armado caballero,
Por la luz y por la sombra, alucinado,
Y cantando
Sus canciones, fue vagando
En procura de la tierra de Eldorado.

Pero vano fue su esmero
Y ya viejo el caballero,
Por la sombra el corazón sintió apresado,
Al pensar que nunca el día Llegaría
El que hallara aquella tierra de Eldorado.
Ya sin fuerzas, vacilante,
encontró una sombra errante.
«Sombra» -díjole febril y esperanzado-
A mi súplica responde:

«¿Sabes dónde
Hallaré, de Eldorado la tierra ignota?»

-En la luna, tras de extrañas
Y fatídicas montañas,
En el valle por las sombras habitado-
Respondióle: -Ve adelante,
Caminante,
Si es que buscas esa tierra de Eldorado.

ANNABEL LEE

Hace muchos, muchos años, en un reino
/junto al mar,
Habitaba una doncella cuyo nombre os he
de
/dar,
Y el nombre que daros puedo es el de
/Annabel Lee,
Quien vivía para amarme y ser amada por
mí.

Yo era un niño y era ella una niña junto al

/mar,

En el reino prodigioso que os acabo de evocar.

Mas nuestro amor fue tan grande cual jamás

/yo presentí,

Más que el amor compartimos con mi bella

/Annabel Lee,

Y los nobles de su estirpe de abolengo señorial

Los ángeles en el cielo envidiaban tal amor,

Los alados serafines nos miraban con rencor.

Aqué! fue el solo motivo, ihace tanto tiempo

/ya!,

por el cual, de los confines del océano y más

/allá,

Un gélido viento vino de una nube y yo sentí

Congelarse entre mis brazos a mi bella

/Annabel Lee.

La llevaron de mi lado en solemne funeral.

A encerrarla la llevaron por la orilla de la
mar

A un sepulcro en ese reino que se alza
junto al

/mar,

Los arcángeles que no eran tan felices cual
los

/dos,

Con envidia nos miraban desde el reino
que es

/de Dios. Ese fue el solo motivo, bien lo
podéis

/preguntar,

Pues lo saben los hidalgos de aquel reino

/junto al mar,

Por el cual un viento vino de una nube
carmesí

Congelando una noche a mi bella Annabel
Lee.

Nuestro amor era tan grande y aún más
firme

/en su candor

Que aquel de nuestros mayores, más
sabios en

/el amor.

Ni los ángeles que moran en su cielo
tutelar, Ni los demonios que habitan negros
abismos

/del mar

Podrán apartarme nunca del alma que
mora en

/mí,

Espíritu luminoso de mi hermosa Annabel
/Lee.

Pues los astros no se elevan sin traerme la
/mirada

Celestial que, yo adivino, son los ojos de
mi

/amada. I Y la luna vaporosa jamás
brilla baladí

Pues su fulgor es ensueño de mi bella
Annabel

/Lee. Yazgo al lado de mi amada, mi novia

bien

/amada, Mientras retumba en la playa la
nocturna

/marejada,

Yazgo en su tumba labrada cerca del mar

/rumoroso,

En su sepulcro a la orilla del océano
proceloso.

ISRAFEL

*Y el ángel Israfel, en quien las fibras del
corazón son un salterio, y que tiene la voz
más dulce entre todas las criaturas de
Dios.*

(EL CORÁN)

Un ángel «lleva en las fibras

Del corazón un salterio»;

De extraña belleza inunda

Tu canto, Israfel, los cielos.

Y las estrellas, deudasas,

(Lo cuentan antiguos cuentos)

Naciente el divino cántico,

Sus himnos enmudecieron.
Allá en lo alto, vacilante
En la cumbre de su vuelo,
Enamorada la luna Enrojció a sus
acentos;

Y para escuchar, su lumbre .
Purpúrea -y al mismo tiempo
Las siete rápidas Pléyades
Hizo una pausa en el cielo.

Y dice el coro estelar-
Dicen los seres suspensos-
Que su arrebató, Israfel
Debe a esa lira de fuego
Con que reclinado, canta;
Al metal vívido y trémulo
Del encordado inaudito
Que puso en ella el Eterno.
Pero mora el Ángel, donde
Los más hondos pensamientos
Son un deber; donde siempre
Fue el amor un dios perfecto,
Y arden cerca ojos de huríes, Si aquí

estrellas brillan lejos.

¡Oh Israfel! no yerras cuando
Tu voz áurea tiene a menos
Cantar cantos no sublimes:
A ti el laurel, bardo excelso;
A ti -el mejor ¡por más sabio!
¡Vive alegre y largo tiempo!

Al éxtasis del empíreo
Se hermana tu ritmo angélico-
Tu amor, dolor y alegría
Al fervor de tu salterio,
¡Pueden callar las estrellas!

Sí, Israfel: tuyo es el Cielo.
Mas nuestro mundo es un mundo
De dulzuras y de duelos;
Nuestras flores, sólo flores.
Y la sombra del perpetuo
Bienestar de que allá gozas,

Claro sol es para el nuestro.

De habitar yo donde él vive
E Israfel donde yo muero
Tal vez él no cantaría
Con hechizo tan supremo
Terrestre cántico, mientras
Quizá un himno más intenso,
Alzándose de mi lira Colmara el triunfo los
Cielos.

LA TIERRA DEL ENSUEÑO

En una senda abandonada y negra
que recorren tan sólo ángeles malos,
donde un Eidolon llamado Noche,
ha erigido su trono solitario;
llegué una vez; cruel atrevido
de Tule ignota los contornos vagos
y al reino entré que extiende sus confines
fuera del Tiempo y fuera del Espacio.
Valles sin lindes, mares sin riberas,

cavernas, bosques densos y titánicos,
Con formas que el humano no descubre
tras el denso rocío que las cubre
montañas que a los cielos desafían
y hunden la base en insondables
mares mares que calmos, agitados luego,
surgen de cielos de color de fuego;
lagos que arrastran, frías y desiertas
sus aguas solitarias, aguas muertas
sus aguas quietas, inmutables, quietas
como corolas de nevados lirios.

Por esos lagos que reflejan sus solitarias
y desiertas aguas, aguas muertas
sus aguas tristes, inmutables, tristes
como corolas de nevados lirios
cerca de aquellos bosques gigantescos,
enfrente de esos negros océanos,
al pie de aquellos montes formidables,
de esas cavernas en los hondos antros,
véñese, a veces, fantasmas silenciosos
que pasan a lo lejos sollozando,
fúnebres y dolientes ison aquellos

amigos que por siempre nos dejaron,
caros amigos para siempre idos,
fuera del Tiempo y fuera del Espacio!

Para el alma nutrida de pesares
para el transido corazón, acaso
es el asilo de la paz suprema,
del reposo y la calma en Eldorado.
Pero el viajero que azorado cruza
la región no contempla sin espantos
que a los mortales ojos sus misterios
perennemente seguirán sellados
así lo quiere la Deidad sombría
que tiene allí su imperio incontrastado.
Por esa senda desolada y triste
que recorren tan sólo ángeles malos,
senda fatal donde la Diosa Noche
ha erigido su trono solitario,
donde la inexplorada, última Tule
esfuma en sombras sus contornos vagos,
con el alma abrumada de pesares,
transido el corazón, he paseado...
¡He paseado en pos de los que huyeron

fuera del Tiempo y fuera del Espacio!

PARA ALGUIEN, EN EL CIELO

Para mi alma, fuiste, amor,
Cuanto en el mundo sonreía
La isla verde en el mar, amor,
Y la fuente y el ara pía.
Flores brotaban en redor,
Y cada flor, fue sólo mía.

¡Sueño fugaz, de tan brillante!
¡Ampo estelar que de tan puro,
Lució un instante!
En vano a mi alma lo Futuro
Clama: -¡Adelante!
Vuelta al pasado, abismo oscuro,
Persigue, muda, el Sueño amante.

Pues, ¡ay de mí!, la luz de Vida
Se me ha extinguido por jamás.
«Ya nunca más -no más- no más-»

(Así a la playa combatida,
Mar solemne, diciendo vas)
¡Tenderás vuelo, águila herida,
Árbol seco florecerás!

Y éxtasis son mis noches hondas;
Y estoy contigo -alma fraterna
Donde el mirar celeste ahondas,
Donde el flotante andar gobiernas
Al ritmo de qué etéreas rondas,
Ante cuáles ondas eternas.

CANCIÓN

En tu día nupcial, te vi encendida
Por ardiente rubor,
Aunque era un cielo para ti la vida,
Y el mundo, en tu presencia, todo amor.
En resplandor que en tu miraba había,
(¿Por qué se avivó tanto?)
Fue cuanto el alma dolorosa mía
Gozó en el mundo, de amoroso Encanto.

«Sólo un pudor de virgen es motivo
De tal rubor», pudo decirse ante él.
Pero ¡ay! reanimó fuego más vivo
En el pecho de aquél.

Que te miró de novia, cuando quiso
Lucir aquel rubor,
Aunque te fuera el mundo un paraíso,
Y en derredor, la vida, toda amor.

EL GUSANO VENCEDOR

¡Mirad! Noche de fiesta,
Solemne, es del futuro
En los postreros años de la vida.
Un coro de querubes,
Alados y con tules encubiertos,
Ajando con sus lágrimas los tules,
A un drama de terror y de esperanzas
Asisten en grandioso coliseo
Mientras exhala sobrehumana orquesta
La música sublime de los cielos.

Mimos, de Dios imagen,
Moviéndose veloces, con cautela
Murmuran: imeros títeres que impulsa
La voluntad de inmensos y disformes
Seres que van mudando
La escena y arrojando de sus alas
De cóndor, agitadas en la sombra,
La invisible desgracia!

¡Oh, nunca este confuso
Drama será olvidado!
Nunca con Fantasma, eternamente
Por un tropel en vano perseguido,
De círculo a través, que siempre gira.
Y torna al mismo sitio;
Siendo la esencia de la oscura trama
El horror, la locura y el delito.

¡Mas ved! Entre la turba
Mímica se introdujo una rastrera
Figura, ¡ser inmundo!
Cuerpo color de sangre que acechaba
Allá en la soledad del escenario,
¡Se tuerce! ¡Se retuerce!

Con mortales
Tormentos en su pasto se convierten
Los mimos; y los ángeles gimieron
Cuando sus viles uñas
Manchó con sangre humana el vil insecto.

¡Las luces se extinguieron!
¡Y todo yace extinto!
Y, por cubrir las formas
Trémulas, el telón, fúnebre manto,
Cae con la rapidez de una tormenta.
Y pálidos y mustios los querubes,
Irguiéndose, arrancándose sus velos,
Afirmar que la mísera comedia
Es la tragedia "Hombre"
Y el inmundo gusano
¡El Héroe vencedor de esta tragedia!

SONETO A ZANTE

¡Isla hermosa, la hermosa entre las flores
te dio de nombres bellos el más bello!

¡Qué recuerdos me traen halagadores
las tuyas y tu mágico destello!

¡Cuánta escena pasó de dicha ciega!
¡Cuánta ilusión de anhelos enterrados!
¡Visiones de una niña que no llega jamás,
jamás, a tus risueños prados!

¡Jamás! Todo lo cambia este sonido.
Jamás tu antiguo encanto resucita;
tu recuerdo, jamás. Siendo florido,
me vas a parecer tierra maldita.
¡Jacintito país! ¡Purpúreo Zante!
¡Isola d'oro! ¡Fior di Levante!

LA DURMIENTE

Era la medianoche, en junio, tibia, bruna.
Yo estaba bajo un rayo de la mística luna,
Que de su blanco disco como un
encantamiento

Vertía sobre el valle un vapor somnoliento.
Dormitaba en las tumbas el romero
fragante,
Y al lago se inclinaba el lirio agonizante,
Y envueltas en la niebla en el ropaje
acuoso,
Las ruinas descansaban en vetusto reposo.
¡Mirad! también el lago semejante al
Leteo,
Dormita entre las sombras con lento
cabeceo,
Y del sopor consciente despertarse no
quiere
Para el mundo que en tomo lánguidamente
/muere
Duerme toda belleza y ved dónde reposa
Irene, dulcemente, en calma deleitosa.
Con la ventana abierta a los cielos
serenos,
De claros laminares y de misterios llenos.
Oh, mi gentil señora, ¿no te asalta el
espanto?
¿Por qué está tu ventana, así, en la noche
/abierta?

Los aires juguetones desde el bosque frondoso,

Risueños y lascivos en tropel rumoroso

Inundan tu aposento y agitan la cortina

Del lecho en que tu hermosa cabeza se reclina,

Sobre los bellos ojos de copiosas pestañas,

Tras los que el alma duerme en regiones

/extrañas,

Como fantasmas tétricos, por el sueño y los

/muros

Se deslizan las sombras de perfiles oscuros.

Oh, mi gentil señora, ¿no te asalta el espanto?

¿Cuál es, di, de tu ensueño el poderoso encanto?

Debes de haber venido de los lejanos mares

A este jardín hermoso de troncos seculares.

Extraños son, mujer, tu palidez, tu traje,

Y de tus largas trenzas el flotante

homenaje;

Pero aún es más extraño el silencio
solemne

En que envuelves tu sueño misterioso y
/perenne.

La dama gentil duerme. ¡Que duerman
para el
/mundo!

Todo lo que es eterno tiene que ser
profundo.

El cielo lo ha amparado bajo su dulce
manto,

Trocando este aposento por otro que es
más

/santo,

Y por otro más triste, el lecho en que
reposa.

Yo le ruego al Señor, que con mano
piadosa,

La deje descansar con sueño no turbado,

Mientras que los difuntos desfilan por su
lado.

Ella duerme, amor mío. ¡Oh!, mi alma le
desea

Que así como es eterno, profundo el sueño
sea;

Que los viles gusanos se arrastren
suavemente

En torno de sus manos y en torno de su
frente;

Que en la lejana selva, sombría y
centenaria,

Le alcen una alta tumba tranquila y
solitaria

Donde flotan al viento, altivos y triunfales,
De su ilustre familia los paños funerales;
Una lejana tumba, a cuya puerta fuerte
Piedras tiró, de niña, sin temor a la
muerte,

Y a cuyo duro bronce no arrancará más
sones,

Ni los fúnebres ecos de tan tristes
mansiones

¡Qué triste imaginarse pobre hija del
pecado

Que el sonido fatídico a la puerta
arrancado,

Y que quizá con gozo resonara en tu oído,

de la muerte terrífica era el triste gemido!

A ELENA

Sólo una vez te he visto

Sólo una vez- en tiempo ya lejano.

Sé que no muy lejano -pero velan

Brumas de lo pasado su distancia.

Era una medianoche

Del dulce mes de julio; y de la luna -

Que, en ascensión feliz como tu vida

Buscaba, entre los cielos, á más alta

Región, rápida senda-Un velo descendía

con reposo,

Con pesadez, con sueño

-Un velo indefinido

De plata y seda y luz- que se extendía

De los erguidos rostros de mil rosas

De un encantado Edén, lleno de calma,

Por el que blandamente o con sigilo

Tan sólo a deslizarse se atreviera

El viento -se extendía

En los erguidos rostros de esas rosas

Que, cual desvanecidas de ternura,
Soltaban en retomo
A la amorosa luz que las besaba.
Sus perfumadas almas -se extendían
En los erguidos rostros de las rosas,
Que sonreían con feliz deliquio en ese
paraíso que hechizaba
De tu presencia en él la poesía.
Te vi, como los ángeles, vestida
De blanco, en muelle alfombra de violetas
El cuerpo dulcemente reclinado,
Mientras que, de la luna,
La plateada luz se reflejaba
En los rostros erguidos de las rosas
Y en tu bello semblante
Al cielo alzado con profunda pena.
¿No fue el mismo Destino
Quien en la dulce medianoche -en julio
No fue el mismo destino (cuyo nombre
También es sentimiento) quien detuvo
Mi paso en el dintel del paraíso
Para aspirar el delicado incienso
De esas dormidas rosas?
Todo era soledad, silencio, en torno.

Y, mientras daba a su ruindad olvido,
El mundo que aborrece el alma mía,
Del impalpable sueño en los misterios,
Dos seres angustiados
Velábamos a solas: tú conmigo.
(¡Oh, Cielos! ¡Oh, Señor! ¡Cómo se agita
Mi corazón uniendo estas palabras!)
¡A solas tú conmigo!... El pie detuve... .
La pálida hermosura
Del cielo descendido a tu existencia,
Miré con devoción; y, al encontrarse
Mi vista con la tuya,
Todo dejó de ser, formas y vida,
En ese Edén que tú, maga sublime,
Con tus divinos ojos encantabas.

Perdió la luna su fulgor de perlas
Y huyeron a mis ojos fascinados,
Los ya musgosos bancos, los senderos,
Los árboles, las flores;
Y las puras esencias
De las dormidas rosas fallecieron
En los amantes brazos de los aires.

Todo -todo expiró menos tu imagen;
y aún ella, con la lumbre de la luna
Aún ella se extinguió para mi vista,
Que sólo vi el fulgor de tu mirada
Y el alma de tus ojos
Alzados con pesar a las alturas.
Los vi -y el mundo fueron
Para mi ser tus ojos imantados.
Los vi más breves horas
-Los vi hasta que la luna huyó del cielo.
¡Qué tormentosas luchas
Del corazón!
¡Qué impíos infortunios!
¡Qué lúgubres historias! descubrían,
En misteriosa unión esas esferas
De pura luz celeste!... ¡Y qué brillantes,
Sublimes esperanzas! ¡Qué apacible
Mar de engrandecimiento! ¡Qué osadas
ambiciones!
¡Y para amar, qué inmenso poderío!

Ya la amorosa diana
Al mundo se ocultó bajo una densa

Nube de tempestad de occidente;
Y tú, pálida sombra,
Entre la sepulcral y hosca arboleda,
Te deslizaste huyendo taciturna.
Mas sólo la figura de tu cuerpo
-Sólo ella- del jardín y de mi vida
Por siempre se alejó: como dos astros
Quedaron ante mí tus bellos ojos.
Tus ojos que dejarme no quisieron
Y en esa noche, oscura ya, alumbraron
La triste senda de mi hogar sombrío.
Tus ojos, que jamás, cual la esperanza,
Mi ser abandonaron; y me siguen,
Me guían, me seducen
En el largo transcurso de los años.
Ellos mis dueños son y yo su esclavo
Su misión es dar lumbre
Con nobles entusiasmos a mi alma,
Cual mi deber salvarme
De su guiadora luz a los destellos,
Y ser purificado por su llama,
Y ser santificado
De su fuego celeste en los fulgores.
Ellos mi alma llenan de hermosura

(Que es la esperanza), y lejos
Allá en el cielo, brillan: dos estrellas
Ante las que, en el triste y silencioso
Desvelo de mi noche me arrodillo.
Y luego, cuando el día
De alegre claridad la tierra inunda,
Los veo aún: idos dulces
Y centelleantes vésperos, que el rayo
Del mismo sol no extingue!

EL COLISEO

¡Eres símbolo constante de la fiel y antigua
/Roma!

¡Excelente relicario de sublime admiración,
que a esta época legaron aquellos tiempos ya
/[idos cuya pompa y poderío parecen
ensoñación!

Tras largo peregrinaje y ardiente ser de tu
/ciencia,
me humillo con reverencia en las sombras
de

/tu historia,
y transformada mi alma sacia su sed de
belleza
contemplando tus grandezas, tus tristezas
y tu
/gloria.

iOh profunda inmensidad, tiempo y
recuerdo
/de antaño desolación y silencio, noche
grandiosa;
/admirable!
Al percibirlos comprendo vuestra mágica
/pureza en la perenne realeza de vuestra
fuerza
/indomable.

Vuestros dulces sortilegios son mejores
para mí
que los que el rey de Judea hiciera en
/Gethsemamí.
Ni la encantada Caldea jamás consiguió
/arrancar

a las estrellas prodigios cual vense en este
/lugar.

Donde un héroe cayera, hoy vese una
columna...

y, donde el águila escénica envuelta en oro
/brilló

hoy el vampiro revuela al llegar la
medianoche

y el fantástico aquelarre este lugar
convirtió.

Aquí do las cabelleras de las matronas
romanas

balanceaban al viento el rubio de sus
colores,

hoy sólo se balancean el cardo y la débil
caña...

han cesado aquellos días de sublimes
/esplendores.

Y, donde el rey poderoso su trono de oro
tenía,
ágil y oscuro lagarto viene siempre a
recorrer;
y hacia su casa marmórea cual espectro se
/desliza
a los pálidos reflejos de la luna en su
crecer.

Mas yo pregunto: esos muros, esas inertes
/arcadas junto a zócalos de musgo hoy en
hiedra
/revestidas
esos relieves tan vagos, esos frisos tan
ruinosos
esas cornisas tronchadas y piedras
enmohecidas,
¿es esto cuanto dejaron las horas y
tiempos
/idos?

¿es lo único que resta de su fama colosal?
¿es cuanto a mí y al destino aquella época

ha

llegado de su firme poderío y su obra
escultural?

«Eso no es todo» -responden en aquel
lugar

/los ecos«voces graves y proféticas hay en
nuestro

/corazón...

y toda ruina recuerda las ideas de los
sabios

semejantes a los himnos que al sol dedicó
/Memnón.

Aún reinamos poderosas en los más
grandes

/señores; asentamos nuestro imperio en
las almas

/gigantescas...

no; no somos impotentes...; queda
nuestro

/poderío,

nuestra gloria y nuestro nombre, aunque
pálidas

/nos veas.

Las mil y una maravillas que extáticas nos
/circundan.

y recuerdan nuestra estirpe, nuestra gala y
/nuestra historia

se han prendido a nuestros flancos... y su
/admirable vestido

nos envuelve entre su manto más fulgente
que la gloria».

LA CIUDAD EN EL FONDO DEL MAR

¡Mira! La muerte se ha izado un trono
en una extraña y solitaria ciudad
allá lejos en el sombrío Oeste,
donde el bueno y el malo y el mejor y el peor
han ido a su reposo eterno

Allí capillas y palacios y torres

(torres devoradoras de tiempo que no se
estremecen)

no se asemejan a nada que sea nuestro.

En los alrededores, olvidadas por vientos
inquietos

resignadamente bajo el cielo
las melancólicas aguas reposan.

No bajan rayos de luz del santo cielo
a esta ciudad de la eterna noche.
Pero una luz interior del lívido mar
proyecta silenciosas torrecillas
-resplandecen los pináculos por todas partes-
Cúpulas-agujas, salones reales
pórticos, paredes estilo babilónico,
sombrias y olvidadas glorietas
de hiedra esculpida y flores pétreas,
y muchos, muchos maravillosos santuarios
cuyos ensortijados frisos entrelazan
la viola, la violeta y la vid.

Resignadamente bajo el cielo
las melancólicas aguas reposan.
Tanto se mezclan allí las torres y las sombras
que parecen péndulos en el aire
mientras que desde una altiva torre en la
ciudad
la muerte mira hacia abajo como desde una

enormidad.

Allí los tiempos abiertos y las descubiertas
tumbas
bostezan a nivel con las luminosas olas,
pero no las riquezas que allí yacen
en cada uno de los ojos de diamante del ídolo
-los muertos alegremente enjoyados no
tientan las aguas desde sus lechos-;
pues no se rizan las ondas, ¡ay!,
en este desierto de cristal-
Ninguna agitación dice que los vientos
pueden estar
en algún mar lejano y más feliz-.
Ninguna ola sugiere que los vientos han
estado
en mares menos espantosamente serenos.
¡Pero, mira! ¡Algo se agita en el aire!
La ola. ¡Hay un movimiento allí!,
como si las torres se hubieran apartado,
sumergiéndose lentamente, la lenta marea,
como si sus cimas débilmente hubieran
dejado

un vacío en el brumoso cielo.
Las olas tienen ahora un brillo rojizo
las olas respiran desmayadas y lentas.
Y cuando ya no hay lamentos terrenales
baja, baja esta ciudad hasta donde se
quedará desde ahora.
El infierno, elevándose desde mil tronos, le
hará reverencias.

LAS CAMPANAS

I

¡Escuchad el tintineo!
!La sonata
Del trineo
Con cascabeles de plata!
¡Qué alegría tan jocunda nos inunda al escuchar
la errabunda melodía de su agudo tintinear!
¡Es como una epifanía,
En la ruda racha fría,
la ligera melodía!

¡Cómo fulgen los luceros!
-¡Verdaderos
Reverberos !-Con
idéntica armonía
A la clara melodía
Cintilando, cintilando, cintilando,
¡Cómo los cascabeles
van sonando!
Y en un mismo son, son único,
Que igualiza un ritmo rúnico,
Los luceros siguen fieles
Cascabeles, cascabeles, cascabeles
El son de los cascabeles,
Cascabeles, cascabeles, cascabeles
Cascabeles,
¡El son grato, que a rebato, surge en los cas-
cabeles!

II

Escuchar el almo coro
Sonoro
Que hacen las campanas todas:
¡Son las campanadas de oro

De las bodas!

¡Oh, qué dicha tan profunda nos inunda al
escuchar

La errabunda melodía de su claro repicar!

¡Cómo revuela al desgaire

Esta música en el aire!

¡Cómo a su feliz murmullo

Sonoro,

Con sus claras notas de oro,

Se aúna la tórtola con su arrullo,

Bajo la luz de la luna!

¡Qué armonía

Se vacía

De la alegre sinfonía

De este día!

¡Cómo brota

Cada nota!:

Fervorosamente, dice

la felicidad remota

Que predice.

Y a la voz de una campana, siguen las de sus
hermanas

Las campanas,

Las campanas, las campanas, las campanas,
las campanas,
las campanas, las campanas, las campanas,
En sonoro ritmo de oro, de almo coro, ilas
campanas!

III

¡Oíd cual suena el bordón!
el bordón
De son bronco
Que pone en el corazón
El espanto con su son,
Con su son de bronce, ronco.
¡Que tristeza tan profunda nos apresa al es-
cuchar
Cómo reza, gemebunda, la fiereza del llamar!
Cómo su son taciturno,
En el silencio nocturno
Es grito desesperado
Que no es casi pronunciado
¡De aterrado!
Grito de espanto ante el fuego

Y agudo alarido luego,
Es un clamor que se extiende,
Que el espacio ronco, hiende
Y que llama;
Que defiende

Y que clama, clama, clama,
Que clama pidiendo auxilio
En tanto que ve el exilio
De aquellos que el fuego, ciego y arrollador,
empobrece
Y el fuego que ataca y crece,
Mientras se oye el ronco son,
El somatén del bordón,
Del bordón, bordón, bordón
¡Del bordón!
¡Cómo el alma se desgarrá
Cuando el son del bordón narra
La aflicción
¡De aquellos que arruina el fuego!
Y, cómo nos dice luego
Los progresos que hace el fuego
-Que va a tientas como ciego-El

somatén del bordón,
¡Que es toda una narración!
¡Oh, la tempestad de ira
En la que el bordón delira
Y en que convulso, delira!
El alma escucha anhelante
la queja que da el bordón
Con su son;
El bordón que da su son,
El bordón, bordón, bordón,
¡El bordón!
Que es toda una narración el somatén del
bordón
Del bordón, del bordón, del bordón
Del bordón, del bordón, del bordón
¡Del bordón!
El grito ante el infinito, cual proscrito, ¡del
bordón

IV

¡Escuchad cómo la esquila,
Cómo el esquilón de hierro,
Llama con voz que vacila,

Al entierro!

Qué meditación profunda nos inunda al escuchar

la errabunda y gemebunda melodía del sonar
¡Cómo llena de pavor

Su son en la noche oscura!

¡Cómo un estremecimiento

Nos recorre el pensamiento
que provoca su lamento!

Cuando sueña

La grave esquila de hierro, con su lúgubre
toquido,

Con su lúgubre toquido que la medianoche
llena.

¡Es que las almas en pena

Se han reunido!

¡Oh, la danza

Al son que toda la esquila,

En una noche intranquila,

Su tijera de luz lila,

Tocando en visión del Juicio la noche sin
esperanza!

Entonces, ya no vacila

La grave voz de la esquila,

De la esquila, de la esquila, de la esquila,
de la esquila, de la esquila,
Sino que suena furiosa,
Con su voz cavernosa,
Y, en un mismo son, son único,
Que igualiza un ritmo rúnico,
Algún ronco rayo truena
Y se alumbra con relámpagos la noche sin
esperanza,
Mientras las almas en pena
Giran, giran su danza
Bajo la triste luz lila.
Y en tanto se oye la grave, la grave voz de la
esquila,
De la esquila, de la esquila,
De la esquila, de la esquila, de la esquila, de
la esquila,
Y en el mismo son, son único,
Que igualiza un ritmo rúnico,
Mientras se oye, la triste, la triste voz
De la esquila, De la esquila,
Furibundo rayo truena,
El relámpago cintila

Y los espectros en pena
Danzan al son de la esquila,
De la esquila, de la esquila, de la esquila,
de la esquila, de la esquila,
Y en un mismo son, son único,
Que igualiza un ritmo rúnico,
Danzan al son de la esquila,
De la esquila, de la esquila,
de la esquila, de la esquila, de la esquila,
¡De la esquila!

Y mientras que el rayo truena,
Que el relámpago cintila
Y que con furor terrible, danzan las almas en
pena,
Se oye la voz de la esquila,
De la esquila, de la esquila, de la esquila,
De la esquila, de la esquila,
la voz de cuento lamento ¡de la esquila!

UN SUEÑO EN UN SUEÑO

¡Recibe en la frente este beso!
Y, por librarme de un peso
antes de partir, confieso
que acertaste si creías
que han sido un sueño mis días;
¿Pero es acaso menos grave
que la esperanza se acabe
de noche o a pleno sol,
con o sin una visión?
Hasta nuestro último empeño
es sólo un sueño en un sueño.

Me encuentro en la costa fría
Que agita la mar brava,
Oprimiendo entre mis manos,
Como arenas, oro en granos.
¡Que pocos son! Y allí mismo,
De mis dedos al abismo
Se desliza mi tesoro
Mientras lloro, ¡mientras lloro!
¿Evitare ¡ oh Dios ! su suerte
oprimiéndolos más fuertes?

¿ Del vacío despiadado
Ni uno solo habre salvado ?
¿ Cuanto hay de grande o pequeño
Solo es un sueño

Leonora

¡El vaso se hizo trizas! Desapareció su esencia
¡Se fue; se fue! ¡Se fue; se fue!
Doblad, doblad campanas, con ecos plañideros,
Que un alma inmaculada de Estigia en los linderos
Flotar se ve.
Y tú, Guy de Vere, ¿qué hiciste de tus lágrimas ?
¡Ah, déjalas correr!
Mira, el angosto féretro encierra a tu Leonora;
Oye los cantos fúnebres que entona el fraile;
ahora
Ven a su lado, ven.

Antífonas salmodien a la que un noble cetro
Fue digna de regir;
Un ronco De Profundis a la que yace inerte,
Que con morir
Indignos, los que amábais en ella solamente
Las formas de mujer,
Pues su altivez nativa os imponía tanto,
Dejasteis que muriera, cuando el fatal que-
branto
Posó sobre su sien.
¿Quién abre los rituales? ¿Quién va a cantar
el Réquiem?
Quiero saberlo, ¿quien?
¿Vosotros miserables de lengua ponzoñosa
Y ojos de basilisco? ¡Mataron a la hermosa,
Que tan hermosa fue!
¿Peccavimus cantasteis? Cantasteis en mala
hora
El Sabbath entonad;
Que su solemne acento suba al excelso trono
Como un sollozo amargo que no suscite en-
cono
En la que duerme en paz.
Ella, la hermosa, la gentil Leonora,

Emprendió el vuelo en su primer aurora;
Ella, tu novia, en soledad profunda
¡Huérfano te dejó!

Ella, la gracia misma ora reposa
En rígida quietud; en sus cabellos
Hay vida aún; mas en sus ojos bellos
¡No hay vida, no, no, no!

¡Atrás! Mi corazón late de prisa
Y en alegre compás. ¡Atrás! No quiero
cantar el *De Profundis* majadero,
Porque es inútil ya.

Tenderé el vuelo y al celeste espacio
me lanzaré en su noble compañía.

¡Voy contigo, alma mía, sí, alma mía!
Y un peán te cantaré!

¡Silencio las campanas! Sus ecos plañideros
Acaso lo hagan mal.

No turben con sus voces la beatitud de un
alma

Que vaga sobre el mundo con misteriosa
calma

y en plena libertad.

Respeto para el alma que los terrenos lazos
Triunfante desató;
Que ahora luminosa flotando en el abismo
Ve amigos y contrarios; que del infierno
mismo
al cielo se lanzó.
Si el vaso se hizo trizas, su eterna esencia
libre
¡Se va, se va!
¡callad, callad campanas de acentos plañide-
ros,
que su alma inmaculada del cielo en los linde-
ros
Tocando está!